

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 312

MADRID 21 DE NOVIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



EL PADRE SPIRIDIONE.

ESCENAS ITALIANAS.

LA TRASMIGRACION

DE DOS ALMAS.

— ¿Teneis miedo á los ladrones?

Spiridione se sonrió antes de responder.

— ¡A los ladrones! ¡Vá! Nunca acometen á las órdenes mendicantes: por otra parte ¿qué provecho sacarían de visitar mi pobre zurrón? Temo los precipicios, porque mi vista está muy cansada, de modo que de noche apenas distingo los objetos, y desde aquí hasta la *Anunciada* hay muy mal camino. Sin embargo, si mi presencia en vuestro castillo os es incomoda, iré á pedir hospitalidad al convento de los Camaldulenses....

— ¿Cómo podéis imaginar semejante cosa? exclamó Stellina. ¿Somos por ventura capaces de negar hospedaje á un religioso el día de mi himeneo? Sería un crimen á los ojos de Dios y de los hombres. Además en el castillo hay lugar para todos los hijos de san Francisco, y en él serán siempre bien recibidos á todas horas. Venid, venid con nosotros, padre Spiridione. ¿Queréis darme vuestro brazo?

Spiridione hizo una señal negativa con el mayor rubor, como si su conciencia se hubiese alarmado con la idea del contacto de una mujer.

— Señora, contestó, tendré el alto honor de seguirlos como uno de vuestros mas fieles criados.

Ottayano, Stellina y el religioso salieron del bosque de pinos y atravesaron la esplanada del castillo, llena á la sazón de jóvenes de ambos sexos, que saludaron con gritos de alegría á la joven esposa, á la cual conducía de la mano el duque.

Leoncio permanecía aun en el aposento nupcial: estaba solo, pues ni á sus mayores amigos habia invitado para que le acompañasen, por temor de que

no se deslizase el menor suspiro profano en aquella atmósfera virginal, en aquella alcoba sagrada, que servia de santuario al lecho de Stellina. ¡Cuántas veces cruzó devotamente las manos el joven, como si dirigiese al cielo una oración mental, delante del retrato de su esposa, de aquella obra maestra del pintor napolitano. No habia trazado su pincel los rasgos de una belleza mundana, sino la imagen de un ángel bajo las formas de una virgen, una de esas ideales hermesuras que no recuerdan la menor privación, la menor enfermedad, ninguna de las miserias de esta triste vida: aquella muger retratada no parecia haber nacido de otra muger; asemejábase á una perfumada emanación venida al mundo en una deliciosa noche de primavera; vivia del jugo de las flores ó de la gloria de los ángeles. En aquel cuadro trasparente, dorado y brillante, no se divisaba el esqueleto humano; inspiraba respeto y placer su contemplación, y cuando se reflejaba en el espejo descomunal del aposento, aparecia por el milagroso efecto de la óptica en un fondo vaporoso; sus ojos brillaban debajo de una frente cándida y pura, y era la animación del retrato tan completa, que inspiraba un amor, una locura, que ninguna muger hubiera podido satisfacer, una noche perdida delante del cuadro hubiera sido un siglo de ventura para muchos jóvenes italianos, que solo vivian con las artes y con el amor.

— ¡Ah! exclamó entusiasmado el feliz esposo. ¡Cuán dichoso me considero!... Mi esposa es mas bella que esta divina pintura... y en ese lecho se despertará mañana...

Salió del gabinete y se dirigió al encuentro de Stellina, sin dignarse echar una mirada al retrato que estaba enfrente del de su esposa, esto es, al suyo propio, que era del mismo modo una obra admirable. Por olvido ó por modestia, ninguno de los dos llevaba la firma del autor: se leian únicamente en un ángulo de cada uno de ellos estas palabras: STELLINA y LEONCIO, 10 de mayo de 1646.

Leoncio halló la esplanada del castillo llena de gente, y no tardó en reconocer á Stellina, porque sobresalía esbelta como la palma entre las hermosuras mas célebres de Nápoles, entre las diosas ante cuyas aras se prosternaban aquellos gallardos españoles que habian resucitado en la *Villa-Reale* las amorosas tradiciones de Sevilla y de Granada.

La noche habia cerrado enteramente, pero todas las ventanas, cornisas y azoteas del castillo despedian mil rayos de luz. Esta claridad convenia mucho mas que la del día á la coquetería de las damas, porque pasaban y repasaban con estudiado y gracioso donaire delante de los grupos de sus entusiastas admiradores; porque su ligero pie apenas tocaba el mármol y sus miradas herian con mas crueldad los corazones de los que no acertaban á perderlas de vista. Oíase un murmullo musical de voces italianas salido de aquella murehumbre que no soñaba mas que placeres, amores y seducción: los elevados puros que cercaban el castillo ofrecian su verde ramaje á la mojada brisa del golfo, formando con ella un concierto de aérea y misteriosa armonía.

En el fondo de la colina estendia el mar sus magnificas alfombras azuladas en toda la estension de la vista, el puerto y la ciudad comenzaban á iluminarse, el viento dormitaba sobre el *Pausilipo*, sobre aquel inmenso vaso de perfumes, y al sacudir su sueño esparcia por todas partes sus embalsamadas riquezas, como un navío llegado de Manila ó de Ceylan. Para concurrir á tan señalada fiesta napolitana, el Vesubio se habia provisto de fuego artificial; semejante á un officioso vecino repetia el volcán con ronca y destemplada voz la algazara y el buceo de la esplanada, figurando al mismo tiempo una erupcion en la cual nada faltaba, ni el humo denso de la realidad ni la lava que no consumia lo que encontraba al paso, ni la profusion, entonces no espantosa, de las terribles y resplandecientes llamas de Bengala.

Un incidente extraño distrajo por largo espacio...

á los alegres moradores y convidados del castillo, á quienes la fiesta de boda habia fanatizado de placer. Entre los criados que distribuian con abundancia refrescos y licores llamó la atencion general el fraile Spiridione, el cual como para mortificacion de la carne y de su orgullo se habia resignado á ejercer las funciones humillantes de la servidumbre. Al pasar con aire distraido junto á Leoncio y Stellina le dirigió el primero la palabra.

— ¡Cómo es eso! le dijo. El oficio que desempeñais no os compete; mas ya veo que me veré precisado á escribir al Santo Padre para que os levante la interdiccion que el general de la orden os va á imponer.

Spiridione se inclinó, y en aquella inclinacion habiera conocido otro hombre menos feliz que Leoncio que no era un verdadero religioso el sujeto que tanta humildad y abnegacion afectaba.

— Hijo mio, respondió con acento candoroso y melancólico, jamas me he visto espuesto á la tentacion del enemigo malo. ¿Qué mérito puedo tener á los ojos de Dios, si nunca he combatido? La palma no se concede sino á los que salen triunfantes del pecado, y no he podido escoger una ocasion mas propicia para probar mis fuerzas. Aqui están reunidas todas las asechanzas de Satanás, y quiero ver si soy bastante fuerte para dormir dentro de algunas horas con el sueño de los fuertes escojidos, despues de haber vencido con el auxilio de la gracia, á los impuros fantasmas de la noche: *Noctium phantasmata*.

Luego que hubo pronunciado esta frase mística ofreció á Leoncio y á Stellina dos vasos de agua de toronja azucarada en un azafite de plata.

Ambos esposos apagaron la sed ardiente que les devoraba, y dieron gracias con el mayor afecto al hermano Spiridione, quien continuó su voluntario servicio hasta el momento en que la campana dió la señal de retirarse á todos los convidados.

Sono la media noche en el reloj de la Cartuja de San Martín; apagáronse las luces de la fachada; las jóvenes aldeanas empezaron á bajar por la colina hablando de la fiesta y de los magníficos trages y aderezos de las damas; estas volvían á Nápoles con toda la lijereza de sus corceles, despues de despedirse de los parientes y de los íntimos amigos de la familia del castillo que quedaban en él: reinaba la calma por todos los contornos y un silencio moral purificaba el bosque de pinos: despues de la risa, de la alegría y del baile llegaba la suave melancolia de la noche, esa aérea tristeza que mas que en ninguna otra parte se siente en aquellos sitios en que el mármol parece que palpita bajo los pies de las hermosas, en que las flores esparcidas por el suelo arden con el fuego que les comunicaren los labios de una mujer enamorada.

— Leoncio estaba rodillado á los pies de su esposa, y Stellina sentada en un sillón del aposento le contemplaba con ternura.

Dos lámparas de plata de forma antigua iluminaban aquel hermoso grupo: Stellina era bella como el primer amor, y Leoncio temblaba de felicidad. Los retratos parecia que miraban con delicia á sus originales.

— El pintor me ha adulado, dijo la joven esposa, no sabiendo como salir de tan estraña situacion.

— ¡Te ha adulado! exclamó Leoncio... ¡Ah! No solo Dios puede formar una imagen mas hermosa que tú, que eres un ángel salido de sus divinas manos. Si posaras la planta por los jardines del cementerio de Chiaia, se estremecerian los muertos. ¡Y dices que te ha hecho favor el artista! No; le ha sido imposible retratarte y ha hecho una obra maestra. ¿No lo ves? Por otra parte ese trage, esos aderezos, esas joyas... nada de eso es tuyo, y en eso se ha esmerado el pintor, porque no ha podido pintar la perfeccion de tu belleza. Dame, dame tus pies, pero desnudos, en toda su pureza, porque quiero besarlos: déjame arrimar á mis labios ese largo y espesísimo cabello....

— Amigo mio... no sé... me siento indispuerta... un frio... debo estar muy palida.

— Si amada mia, pero es la palidez natural de las jóvenes esposas: ven á mis brazos... yo te sostendré... ¡Cuántos dias de felicidad nos esperan! ¡Cuánto va á envidiarnos el mundo! Al acordarme de esto se aumenta mi amor, Stellina. ¡Dios poderoso! yo te doy gracias porque me has elegido para ser el de-

posionario de este rico tesoro: ¿es posible que yo haya merecido tan señalada merced?... Pero... ¡qué es esto! ¿Qué tienes? Con efecto estás mala... ¡Stellina!...

— Sí... un frio... un estremecimiento... no puedo mas....

— Yo tambien tengo frio y una sed.... ¿Sé por ventura lo que tengo en medio de tanta ventura? Mi frente abrasa, estrechóanse mis dientes... pero nada temas... Acostémonos y mañana....

— ¡Leoncio! Tú tambien estás palido como un muerto.... ¡Dios mio! Ven, mírate á esa luna.

— No; solo á tí quiero mirarte, esposa mia.

— Tus manos están heladas.... ¡Ah! el miedo, el terror se apodera de mí.... Calla... calla por la Virgen... Me pare haber oido un ruido... en esa alcoba. ¡Leoncio!... ¡Esposo mio! tú padeces... dime lo que me ocultes.

— Es verdad... pero no será de cuidado; solo pienso en que al fin se han cumplido mis votos, en que ya eres mia... ¡Ah! se ofusca mi vista... ya no tengo fuerzas para sostenerte en mis brazos... me flaquean... las piernas... la voz... se me entronquece. ¿Y tú, adorada Stellina? ¿En que estado te veo!...

— Sí... voy á morir... no hay remedio....

— ¡Gran Dios! ¿Qué es esto que nos sucede?

Entonces volvió los ojos hácia la alcoba y creyó distinguir una mano que entreabria las cortinas. Leoncio hizo el último esfuerzo y quiso echar mano á la espada, pero era tarde, no pudo llegar hasta ella y cayó de rodillas.

— Respóndeme, hablame, esposa mia, dijo con voz apagada: Stellina, déjame oír tu encantadora voz.

Stellina alargó el brazo pesosamente y puso su mano sobre la cabeza de Leoncio; movíase sus labios como si quisiera hablar... tal vez dirigía al cielo una plegaria... la muerte iba estendiendo su manto sobre aquel cuerpo poco antes tan hermoso y lleno de juventud.

En aquel momento un coro compuesto de melodiosas voces entonaba la serenata de boda.

— Sí... sí... murmuró Leoncio; cantad sobre nuestro sepulcro...

Y una lágrima rodó por sus mejillas de color de cera.

Las voces cantaban el himno nupcial de Palestina, y Leoncio levantó su mano dirigiénola hácia la ventana, sucediendo al mismo tiempo la cabeza con melancólica sonrisa. Stellina recobró sus sentidos en un vivo acceso de dolor.

— Querido mio, dijo revolcándose: estamos envenenados.

— Sí... sí... envenenados...

— Vamos á morir juntos.... Ven abrázame.

Estas palabras galvanizaron á Leoncio; levantóse de pronto y fue á caer sobre el cuerpo casi inanimado de su esposa estechándola convulsivamente.

— No; no moriremos, gritó el infeliz; esta es una prueba que el cielo nos envia... Mira; Dios es justo, y si es cierto que vamos á morir esta noche, nos hara resucitar mañana.

Los dos esposos pronunciaron casi al mismo tiempo un tristísimo adiós y cerraron sus ojos. Eran ya dos cadáveres... los mas hermosos que hayan profanado jamas las manos de un sepulturere.

Un hombre salió precipitadamente de la alcoba; era Spiridione; contempló un rato los dos cadáveres con una expresion de atárgia satánica; arrancó una aguja de oro del cabello de Stellina y buriló con ella una palabra sobre el pecho de la desgraciada, sirviéndole de tinta la cuajada sangre. Amarró en seguida una escala de cuerda al balcon del aposento, deslízose por ella hasta la esplanada del castillo, y no tardó en perderse en el intrincado bosque de pinos.

II

TRANSICION.

A escepcion de algunos criados nadie habia salido aun del castillo á las diez de la mañana siguiente: todas las ventanas estaban cerradas, calentaba ya el calor los asientos de piedra de la plataforma y una brisa ligera murmuraba en el bosque.

El conde de la Vega y su esposa fueron los primeros que se presentaron en la galeria del norte en trage de casa; las demas personas que habian queda-

do en el castillo fueron presentándose sucesivamente, y toda aquella comitiva ociosa y feliz se dirigió hácia la seada principal del monte flanqueada de pinos; sus rostros daban claras muestras de abatimiento y de cansancio.

Una gran carejada interrumpió el silencio de aquel paseo matinal y reunió á las damas y caballeros, quienes vieron llegar al duque de Matalona por la parte del castillo, haciendo resonar en el bosque sus atronadores gritos de alegría.

— Señoras, exclamó, acabo de pasar por debajo del balcon de los novios. ¿A que no adivinais lo que he visto?

Una muda curiosidad fue la única respuesta que recibió!

— He visto amarrada al balcon una escala de cuerda. Los novios han desaparecido, se han fugado.

— ¡Se han fugado! repitieron todos.

— Sin duda alguna. ¿Para qué sirven las escalas de cuerda? Venid, venid, señoras, porque este rapto es orijinalísimo.... ¡Ja! ¡Ja!... La primera noche de novios... Por Dios que es cosa nueva en los fastos del amor.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

En celebridad de los dias de S. M. la reina doña Isabel II se cantó en el teatro de la Cruz por los señores Salas, Ojeda y corista un himno, letra del señor Zorrilla, música del señor Iradier. De sentir es que la premura del tiempo no le haya permitido á este acreditado profesor componer una obra mas orijinal y mas completa: la letra gustó sobre manera, y el himno fué aplaudido.

El baile de la *Fille mal gardée* ejecutado en el Circo en la noche del sábado ha hecho poca fortuna: el teatro estuvo lleno; al salir de allí los numerosos concurrentes mostraban señales inequívocas de disgusto.

Despues de representarse en el teatro de la Cruz la comedia del Sr. Rubí titulada *Honra y Provecho*, tendremos el gusto de admirar al Sr. Latorre en la representacion del *Sancho García*: en seguida se ejecutará el beneficio de la *Juanita Perez*.

TEATROS.

Cruz.

A las siete de la noche; se pondrá en escena la comedia nueva, orijinal, en verso y en tres actos, titulada: **HONRAY PROVECHO**. Seguirá baile nacional; y para dar fin á la funcion **EL MARIDO SOLTERO**, comedia en un acto.

Príncipe.

A las siete de la noche: **OTRA CASA CON DOS PUERTAS**, comedia en tres actos. Wals Galop, paso á cuatro por las señoras Finart, Diez y M. nandez y el señor Finart. Terminará con un divertido sainete.

Circo.

A las siete y media de la noche, **EL BARBERO DE SEVILLA**, ópera bufa en dos actos.

Tres Musas.

Se está ensayando para poner en escena á la mayor brevedad la acreditada comedia en dos actos, titulada: **LA MUGER DE UN ARTISTA**; á la que seguirá la acreditada pieza en un acto, conocida por *La Molinera*.

IMPRENTA DE BOIX.

H. H.
Tomó 8.